

Función social de los saberes liberales

De igual manera, para el funcionalismo político, la grandeza del todo social y la felicidad de sus miembros es immanente a su adaptación funcional a los avances tecnocráticos que sirven a su vez a los fines económicos de la sociedad. La auto-regulación, que surgía para los liberales del libre juego de individuos, debe brotar ahora del progreso técnico en todos los órdenes y de la adaptación funcional al mismo. El imperativo congruente con esta gran concepción racionalista supraindividual lo expresó Bertrand Russell con palabras que recoge Millán en este libro: «¡Adaptémonos a nuestras técnicas!» Ellas multiplican nuestros medios y niveles de vida, ellas nos deparan un tiempo creciente de ocio, ellas nos emplean ese ocio en diversiones masificadas e imágenes televisadas: organicemos psicológicamente nuestra dedicación laboral, organicemos colectivamente nuestro ocio, organicemos técnicamente nuestra mentalidad.

Este formidable acto de fe en la razón y en la técnica se basa en la concepción de la sociedad como una masa inmensa de individuos, tan manipulable como cualquier otra realidad. ¿Por qué hacer sujeto de la auto-regulación racional a los individuos humanos, por muy liberados que se los suponga, si

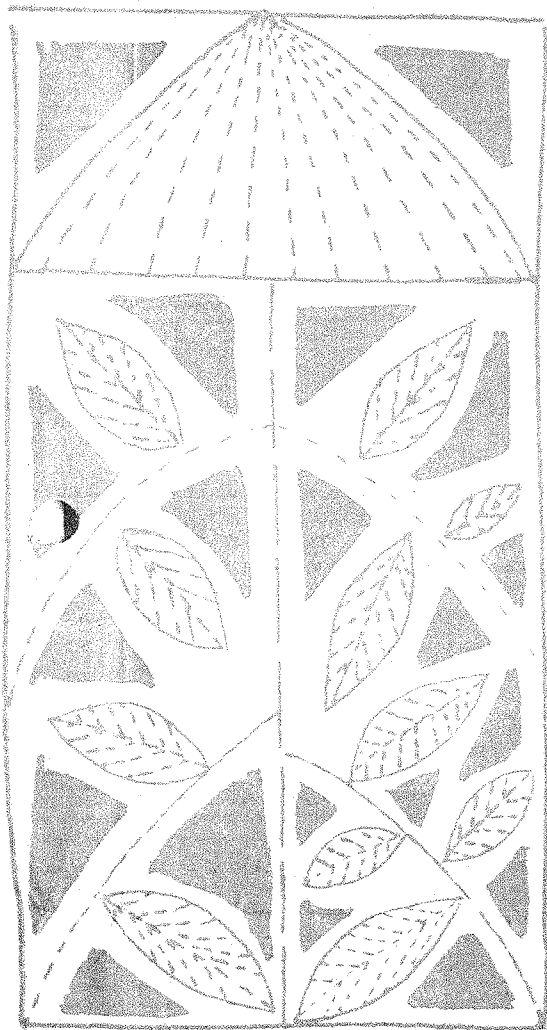
no es, para él, algo extrínseco al hombre, como pretendía el racionalismo pactista, ni tampoco es el hombre un mero elemento del todo social, como supone el socialismo. Individualidad y sociedad son aspectos del hombre concreto cuyas tendencias más profundas, sin dejar de ser individuales, le llevan a vivir en sociedad porque sólo en ella pueden desarrollarse. Si el hombre, como ser racional, posee en la contemplación su más alta actividad, aquella que rompe el condicionamiento económico-vital de su hacer, tal actividad ha de primar tanto en la sociedad que forma como en cada uno de sus miembros. Y los hombres plenamente dedicados a la teoría deben cumplir los deberes reclamados en justicia por su vinculación al cuerpo social con el puro cumplimiento de su tarea, unida a la natural difusibilidad del saber en la enseñanza o en el apostolado.

Tal debe ser la actitud del gobernante hacia los saberes y dedicaciones liberales si, guiado por la justicia general y el bien común, pretende mantener a la sociedad y a sus miembros en las rectas condiciones que la naturaleza humana requiere. Cita Millán un texto de Santo Tomás, muy significativo a este respecto: «La ciencia política preceptúa al saber especulativo en lo que atañe al uso, no en lo que concierne a la determinación de su obra. Pues la política ordena (por ejemplo) que algunos enseñen o aprendan geometría. Lo que el político no preceptúa a la geometría es lo que ésta haya de concluir acerca del triángulo, porque ello no está sujeto a la voluntad del hombre, ni es ordenable al fin de la vida humana.» A lo que comenta Millán Puelles: «El énfasis de estas frases está en someter la especulación a la verdad natural de las cosas y, por otra parte, en subordinar el uso o ejercicio de la actividad teórica al bien común, a través del rodeo de la enseñanza».

Esta inserción del sabio contemplativo en la sociedad a que pertenezca, a través de su propia contemplación y de la difusión de lo contemplado, se realiza —nótese bien— por una exigencia de justicia general, esto es, por imperativo del bien común. Suelen plantearse esta clase de deberes en términos de justicia conmutativa o, a lo sumo, de libre generosidad. Es esto muy típico de los llamados deberes sociales en nuestra época: prestar un servicio que nos libere de otros recibidos o desahogar las fuerzas elásticas de nuestro ser comprimidas habitualmente por el egoísmo. «Hay un latente y último individualismo al que en definitiva lo que le repugna es eso: formar parte. Tal individualismo es compatible con la práctica externa de la justicia conmutativa y de la misma generosidad (aunque no con su auténtico sentido), y hasta se afirma y corrobora en ella. El gesto último de nuestro yo individualista, cuando salda cuentas con la justicia conmutativa, es el de sacudirse, tanto o más que la carga de la conciencia, el peso psicológico de un prójimo que se ha instalado en nuestra intimidad a través de un servicio o beneficio. Pagarle es expulsarle: desligarnos de él y recobrarnos a nosotros mismos.» En una época individualista en que el profesional está muy generalmente desvinculado de las funciones naturales que institucionalmente le dirigirían al bien común, en que el propietario es ajeno a su propiedad por ser ésta anónima, en que la familia afloja sus vínculos y el gobierno es asunto «de los que mandan», la compensación del individuo al bien que de la sociedad recibe ha de plantearse en términos adjetivos o extrínsecos, como un mero «saldar cuentas». La vinculación del hombre a la sociedad recta, regida por la justicia general y gobernada en nombre del bien común, hace que el cometido de cada uno posea a la vez —si se cumple honradamente— la única verdadera función social. «¡No ocurrirá así —concluye el autor— que el máximo servicio que el escritor, y todo el que cultiva un saber liberal, puede prestar al prójimo sea precisamente el de hacerle posible el ocio de la contemplación, sin el que la existencia deja de ser humana? Todo el que comunica auténticos valores cumple una función social. Y su preocupación no ha de ser tanto la de que estos valores sean sociales, cuanto la de que la sociedad sea valiosa.»

Páginas sugestivas las de este libro, en las que, a través de un lenguaje terso y expresivo, parece descender la teoría a iluminar directamente nuestra vida y nuestra problemática histórica.

RAFAEL GAMBRA



nunca han sido más que un extraño producto de la vida histórica, concebidos por azar bajo el peso de absurdos entrecruzamientos de herencias? Adaptemos el hombre a la razón universal que guía nuestras técnicas manipulando esa masa humana que puede ya conocerse científicamente mediante la psicometría y la sociología experimental. Tal es la concepción que se halla en la base de todo socialismo, y la que es hoy universalmente acogida bajo el título de funcionalismo político.

Para tal mentalidad, la entrega a los saberes liberales o la dedicación contemplativa resulta injustificable socialmente. Únicamente, si llega a reconocer en la especulación pura un antecedente necesario de la aplicación técnica, podrá admitir un grupo de sabios subvencionados a título de vanguardia del progreso técnico. Desde el punto de vista del ciudadano nunca llegará a admitir el saber liberal más que como un hobby marginal a una actividad seria y coordinada dentro del funcionalismo social, y esto en tanto no se haya organizado el ámbito del ocio.

Antonio Millán apoya su razor junto en la concepción aristotélico-tomista de la habilidad natural del hombre y de la consiguiente primacía, desde el punto de vista político, del bien común en la sociedad